

Antes de seguir, queremos resaltar el espíritu piadoso de aquellas almas. Y sobre todo el dedicar a la advocación de Nuestra Señora de la Paz, la función mediadora con el doble sentido religioso, pacífico y de aquel talante de que dieron muestras los fundadores con su perseverancia, que no era otra cosa, que el gran oleaje de la fe. Si a esto añadimos el significado que entraña el Calvario, y cuyo nombre se lo dieron a una de las primeras calles, viene a completar ese ciclo maravilloso de la esperanza, la fe y las creencias: triple contexto que era el baluarte donde enganchaban su razón de vida y existencia.

Si esto decimos de su espíritu cristiano auténticamente sentido, aunque no con expresiones externas de cara a una exhibición, digamos ahora lo que viene a constituir nuestra afirmación de que no fundaron el pueblo sobre tierras miserables. La pequeña historia ha demostrado cumplidamente todo lo contrario, y probando en el XVI, que los pobladores intuyeron la gran riqueza que reposaba bajo los montes y encinares, mirando a saliente, cuya tierra de mucho fondo y alma, con arcilla arenosa y muy fresca, sería el mejor terreno para el cultivo de la vid y toda clase de cereales. Pues si bien el clima era extremoso, tenía como contrapartida el hecho cierto de que en pleno estío, aquellos parajes permitían el nacimiento y desarrollo de toda clase de árboles. Y, como es sabido, la viña es un árbol que se queda en cepa; de ahí la mina que el mismo suelo les proporcionó, y que ellos y nosotros, lo vieron antes de que fuese realidad.

Y es digno de registrar que a un paraje plantado de viña -quizá en los primeros años del siglo XVIII- se le conoce precisamente con el nombre de La Mina, por la mucha producción de kilos de uva por cepa. Algo parecido ocurrió con aquel otro que se conoce con el nombre de La Cueva, seguramente porque alguna viña se bastaba, con su cosecha, para llenar alguna de las cuevas con el vino procedente de la misma. Es curioso observar los nombres de las Quinterías o Alquerías que en el siglo XVIII, ya definitivamente Villa, tenían o les fueron poniendo aquellos que iban ensanchándose en su desarrollo y creando fuentes de riqueza. O lo que es igual: el fundamento del comercio y la industria que alcanzó su auge y plenitud a finales del mismo siglo y durante todo el XIX.

Estas Quinterías se continúan llamando y conociendo por los nombres de: Don Diego, Carrasquillas, Don Martín, "Malavad", Torrecillas, Venta Vieja, Nieva, Tronco y Tronquillo, Perrote, Cueva, "Ornillo", Patiño, Gito, Riega, Pinilla, Gachas, Casa de Thomas, Iniesta, Paredazo Quemado, y Guerrillas de Don Ubaldo. (Posiblemente, y en el transcurso del tiempo, algún nombre habrá cambiado). Mencionamos también en abundancia de nuestro criterio, que toda esa zona que mira y se acerca hacia las riberas de los ríos Záncara y Córcoles, como El Coto, Las Delicias, y la Casa de los Árboles, junto con la vega que linda con Criptana, fueron las mejores arcas que durante tres o cuatro siglos constituyeron el mejor emplazamiento para obtener sustanciosos beneficios, aunque, como es lógico, arrancándole a la noche muchas horas de descanso y sueño, para dedicarlas a ese esfuerzo que hizo posible el Tomelloso de nuestros días: único exponente ejemplar en toda la provincia y región.